

vocación y misión educadora del padre de familia

• DR. MIGUEL LANFRANCHI

El R. P. Henri Caffarel, Director-Fundador del "Anneau d'Or", revista internacional de espiritualidad conyugal y familiar, ha escrito algo tan magnífico sobre "Vocación del Padre", que no hemos podido sustraernos a la tentación de transcribir literalmente su primera parte.

Dice así: "En el curso de una prolongada intimidad con su Dios, un hombre comprendió que el universo inmenso es una gran empresa paternal. Se despertó en él la pasión de servir... Un día, entre ese hombre y Dios, se pronunciaron palabras decisivas. Su vida de pronto quedó orientada: Será Padre; el Padre pide nuevos hijos. El va cargado con ese secreto, orgulloso y fuerte por la confianza de su Señor: Busca. Un corazón de mujer comprende. Ella se da, él también se da. Consagran al Padre sus dos vidas que ya no son más que una en el amor. Son iguales, son igualmente amados por Dios. Pero él es el "jefe"; es a él a quien

se ha confiado el gran proyecto. El hijo que van a tener será el fruto de su amor, pero llevará el nombre de este hombre, será su linaje. Ese hombre es el Padre".

"Dar la vida, ser la imagen del Padre de inmensa majestad junto a sus hijos y conducir éstos hacia Dios, esta es *La vocación del Padre*".

A poco que analicemos estos hermosos conceptos, llegaremos a la conclusión de que la vocación de padres es eminentemente educadora: Dar la vida, ser la imagen del Padre Celestial, conducir sus hijos al Cielo.

Dar la vida. Cada día, cada hora, cada minuto, un padre debe dar vida a su hijo. Lo ha engendrado, por permisión divina le ha dado la vida corporal, pero esto no basta... El hijo no es solamente cuerpo; Dios infundió en él un alma: tiene una inteligencia, tiene un corazón y tiene una conciencia, que el padre constantemente ha de vivificar.

La vida no puede ser animada sino por la vida. "Sólo se da la vida cuando se da la propia vida". Educar es formar, es crear, es dar vida.

El padre debe crear constantemente, de otra manera, nunca podría llevar a la plenitud de la vida a este ser que, voluntariamente, ha llamado a la vida.

Ser la imagen del Padre que está en los Cielos. Aquel que se llama o se hace llamar "padre", por el solo hecho de haber engendrado un hijo, se arroga un nombre, un título y una dignidad que no le pertenecen. Es un impostor.

"Padre" es el nombre que Dios le ha prestado a los hombres, con la condición de que se le asemejen.

Él es el único Padre y nosotros seremos "padres" en la medida que nos asemejemos a Dios.

Es indudable que tenemos una participación en la paternidad celestial y sólo influiremos en el nacimiento espiritual de nuestro hijo, en la medida que respondamos a nuestra misión y a esta participación.

Su fuente la encontraremos en el Evangelio. De él debemos nutrirnos.

Ha dicho, magníficamente, un escritor: "El más grande autor que haya hablado del padre, es Jesús; la más hermosa antología sobre este tema es el Evangelio. Cada hijo debe leerla. Todo papá debe estudiarla.

Cuando Jesucristo habla de los padres de la tierra, siempre lo hace en un tono de gran ternura y cuando quiere describir la bondad del Padre Celestial, recurre a la imagen del padre terrenal, imagen pobre pero auténtica que ha debido encontrar en los padres de Palestina y

que pide ser conservada y aumentada por todos los padres del mundo.

Observemos esto: El Evangelio habla de mujeres adúlteras, de reyes que llenos de ira mandan a destruir ciudades, habla de fariseos hipócritas, de vírgenes necias... pero *nunca, nunca habla mal* de un padre relacionándolo con sus hijos. Por el contrario, *siempre lo pone como ejemplo.*

Y Jesús ha dejado su obra maestra sobre el tema con esa parábola de la misericordia, que ha cambiado la historia del mundo: *la del hijo pródigo; verdadera historia de amor paterno.* Todos la conocemos.

La paternidad es un constante don. El padre debe dar y debe perdonar tanto a los hijos que le han estado siempre sujetos, como a aquellos otros que lo han abandonado y regresan cansados de errar por el mundo.

Amor paternal: *dar*, pero no dar en un sentido mercantil de "dar sólo a cambio de recibir", sino, dar..., siempre dar, dar todo, dar de su vida para enriquecer al hijo, buscando el bien del hijo por el bien mismo, en un concepto de amor, que hace que el padre terrenal se acerque al tierno éxtasis de Dios omnipotente y creador, en los albores del mundo.

Ser padre, en el sentido de la Nueva Alianza, es *ser perfecto*, como nuestro Padre que está en los Cielos, es perfecto (Mateo, V, 48).

Conducir sus hijos a Dios. Dios en su bondad infinita, ha concedido a los padres el poder de colaborar en su obra creadora, de poblar la tierra y el Cielo y con ese poder, transmitir la vida huma-

na a través de los siglos. Pero los padres tenemos una limitación: *no podemos transmitir a nuestros hijos la vida sobrenatural*, la vida de gracia. Esta únicamente se infunde en ellos por el agua del Santo Bautismo. El primer deber de los padres es, en consecuencia, *procurar el bautismo de los hijos*. Pero, cumplido este deber, nace para el padre una nueva y enorme responsabilidad, no siempre tenida en cuenta: *nace la responsabilidad de cultivar esta vida sobrenatural*, educar a ese hijo en las enseñanzas del Señor, hacerlo crecer en el Santo Amor y Temor de Dios, hacerlo *pietra vida de su templo: conducirlo al cielo. Y esta es su más delicada misión educadora*.

El Sacramento del Matrimonio le dará la ayuda necesaria para llevar a feliz término tan sublime misión y Jesucristo deberá convertirse en su Maestro, puesto que El es el primer educador de los hijos de Dios.

Pero no olvidemos los padres que hay gracias que no se alcanzan sino mediante la oración: Orar . . . , ponernos en contacto con el Padre que está en los Cielos; unirnos a El en íntima soledad; inflamarnos en su amor, *vivir en El*.

Dios y nosotros: Una relación afectuosa: Un padre . . . , los hijos.

Sólo así permaneceremos fieles a nuestra vocación.

COLABORACION DEL PADRE Y DE LA MADRE EN ESTA MISION

Se ha dicho, con mucho acierto: *"Se necesitan tres seres para hacer un padre: un hombre, una mujer y Dios"*.

En su misión educadora, el hombre, el padre, no está solo. Tiene a su lado esa

compañera, esa ayuda semejante a él, que el Creador le dio en los albores del mundo.

Recordemos lo que nos dice el primer libro de la Biblia, el Génesis: "Después que Dios había creado al hombre a su imagen y lo había puesto como Rey en aquel paraíso terrenal, dijo: "No es bueno que el hombre esté solo; le daré quien le ayude, una compañera semejante a él..." y crea la mujer, se la presenta a Adán y éste la contempla embelesado y exclama con júbilo nupcial: "He aquí carne de mi carne y huesos de mis huesos", y Dios uniendo estos dos seres, hace del hombre un padre con el don de la fuerza; de la mujer una madre con el don de la ternura, y del hijo el fruto de la fuerza y la ternura, multiplicado por su divina bendición.

La paternidad es cosa tan grande que escapa a las posibilidades de un ser humano. Dios al instituir la así lo pensó y por ello consideró que su obra no estaba completa y puso a su lado a la madre. La maternidad es una participación de la paternidad y es su complemento.

Algo que en materia de función educadora, no podemos olvidar es que: *el hijo nace del amor de dos*, y el gran secreto de la educación consiste en *que crezca en el amor de dos*.

Las diferentes y complementarias psicologías del padre y de la madre, integran necesariamente la psicología tan compleja de la educación.

Pero la madre, tiene aún otra misión que cumplir y es la de ayudar al padre a que nunca olvide sus deberes paternales. Henri Caffarel, sintetiza esto en una frase: *"La obra maestra de una mujer, es el padre"*. ¡Y cuánta verdad encierra!

¿Cuántos padres no son verdaderos padres, verdaderos jefes de hogar, auténticos educadores de sus hijos, y no son padres felices, porque sus esposas, las madres, no han sabido utilizar los tesoros de gracias que el Señor les dio, para alentarlos en su tarea, ayudarles a tener plena conciencia de su responsabilidad, dulcificarles los sacrificios, en una palabra: *hacerlos padres?*

La tarea educadora del padre y de la madre no obtendrá ningún éxito si se realiza en forma individual, aislada o simplemente yuxtapuesta. Cada uno desempeña su propio papel en la educación de los hijos, pero es indispensable que este papel se desempeñe en un ambiente de mutuo acuerdo y de permanente y estrecha colaboración.

Por otra parte el éxito educacional que pueda tener la madre, depende en gran parte del padre.

Roger Pons, en un artículo titulado "Conquista de la maternidad" publicado por la citada revista de espiritualidad conyugal, afirma que "el marido lleva en sí el porvenir maternal de su esposa" y en aserto de su tesis, cita una serie de ejemplos de la vida cotidiana, de padres que, sin quererlo, obstaculizan y comprometen seriamente la obra educadora de la madre. Clasifica éstos que él denomina "obstáculos a los esfuerzos educativos de la esposa" en dos grupos: los que provienen de un amor conyugal mal entendido y los que provienen del *egoísmo*.

En el primer grupo sitúa al marido "acaparador", aquel que con sus procederes fundados en un mal entendido amor, no le permite a la madre estar junto a sus hijos (continuas invitaciones a salidas, recepciones, viajes, etc.).

En el segundo grupo, se refiere a los maridos "egoístas": ese esposo que ama a los hijos por él y no por ellos (padres que creen que tienen en sus chicos un juguete para divertirse y cuando éstos se ponen nerviosos, los dejan que se las arregle la madre). Prosigue Pons, con ejemplos de otra clase de egoísmo, que él denomina "egoísmo menos gracioso" (padres que llegan a la casa fatigados de su trabajo y sin pensar que su esposa también lo está, no hacen otra cosa que increpar, gritar, vociferar y aplicar a los chicos sanciones que no tienen ninguna proporción con la supuesta falta cometida; otros que se convierten en "tiranos nerviosos" y exigen de sus hijos un imposible silencio absoluto, un comportamiento perfecto, sin inquietarse por otra cosa, como si la educación no fuera más que comportamiento); y a estos dos tipos, agrega una tercera especie: "la peor" (así califica) la especie de "los maridos desmañados" (los que tienen marcada preferencia por tal hijo y siembran en la familia el horroroso germen de los celos; los que discuten con su mujer los defectos o méritos de sus hijos en presencia de éstos; o los que critican frente a los hijos los métodos de educación de la madre).

Y termina el citado autor preguntándose: "Si el padre ausente —entiéndase el que está pero no se interesa por los niños—, es preferible a éstos padres tan *pesadamente presentes*" y se contesta: "En un sentido es cierto; porque si no ayudan a su mujer, por lo menos no le crean ni debates dolorosos, ni complicaciones enervantes, ni dificultades insuperables".

¡Cuántos ejemplos podríamos agregar a los citados con sólo mirar a nuestro alrededor, o quizá, con sólo fijarnos en nuestro propio modo de actuar!

Hemos dicho que el padre para educar debe dar vida. También la madre debe dar vida, y, ambos, deben darla a lo largo de toda su existencia. *La vida es una serie interminable de actos de amor. Vivir es amar, Dios es amor.* No lo olvidemos los padres educadores.

Juntos, en perfecta unión de mente, de voluntad, de corazón, en un clima familiar de verdadero amor, Deben los esposos asistirse mutuamente en la tarea de la educación de los hijos, compartir sus esfuerzos y realizar todos los sacrificios necesarios para la consecución de la sublime meta.

Cuando Dios confía un hijo a los esposos cristianos, parece como repetirles lo que la hija del Faraón dijo a la madre del pequeño Moisés: "Toma este niño y edúcamelo".

MEDIOS DE EDUCACION POR EL PADRE

Vista la vocación y misión del padre educador y la colaboración del padre y de la madre en esta misión, después de haber pintado un cuadro de la realidad, veamos con qué medios cuenta el padre para el cumplimiento de su sublime misión.

En primer lugar, el equilibrado ejercicio de la *autoridad* y del *amor*, que nacen de la misma *paternidad*.

La educación ha de ser conforme a la naturaleza del ser y como el hijo es un ser moral y racional, no se le puede educar sino mediante el perfeccionamiento

adecuado de las facultades morales y racionales. Por eso Dios, el cabeza de familia, el padre, le da *autoridad*, principio de *orden*, y le da *cariño*, principio de sacrificio.

Autoridad amorosa, a la que calificó Gruizot de "*Santa y Grande, ante la que se inclina el espíritu sin que tenga que inclinarse el corazón*".

La noción de autoridad está profundamente alterada entre nosotros: o se la pretende comparar con el antiguo concepto de "potestad paterna absoluta" o se prescinde totalmente de ella. "El padre que siempre empuña la vara de la disciplina será tan culpable e impotente, como el que la arroja y no sabe nunca mandar y castigar". Hay un justo medio: la autoridad regida por la razón y por el amor.

Esta autoridad debe conjugarse con la "libertad del hijo". El uso exagerado y torpe de la autoridad paterna —según lo ha demostrado la psicología moderna— resulta peligroso y extremadamente perjudicial para la vida espiritual del niño y muchos católicos, por reacción contra las tendencias individualistas, creemos defender la tradición cristiana con defender el poder absoluto de los padres.

El hijo no es un individuo independiente de su padre, "es algo del padre". Al hablar de la libertad del hijo, no hablamos del "derecho del niño a la libertad", proclamando por el liberalismo, que llega a prohibir a los padres hasta a hablarles de Dios "para no influir en ellos prematura e indebidamente", sino de la necesidad de *respetar* en el hijo *su personalidad*, despertándole desde temprana edad el sentido de la responsabilidad de sus actos.

Las nuevas generaciones tienen ideales, tienen iniciativas... y es deber del padre, encauzar, definir estos ideales y estas iniciativas, que en definitiva no serán otra cosa que *adaptar la vida a necesidades nuevas*. Impedirías, ahogarlas, sería impedir el mejoramiento social.

Las sociedades no deben quedar estancadas. Un escritor expresa: "La familia patriarcal tenía como fin principal conservar el culto de los antepasados. La auténtica misión de la familia no consiste en guardar tumbas, ni en coleccionar recuerdos; consiste en preparar a los hombres que forjarán mañana un mundo mejor apoyándose en todo lo bueno que le transmitieron sus predecesores".

El ejemplo. "No necesitamos correcciones ni sermones, necesitamos ejemplos de vida íntegra, de auténtico amor dentro de nuestra vida moderna"; así se expresaba Cristina Beccar Varela en el Tribunal de la Juventud. Y ésta no es una voz aislada, es la auténtica representación de la juventud de nuestros tiempos. Basta conversar con los jóvenes de hoy, para obtener la confirmación de lo que decimos.

Los hijos a pesar de tener cada cual una personalidad humana diferente, son algo de los padres, podríamos decir, son su prolongación y el ejemplo que éstos les den, será decisivo en la educación del hijo.

Para la constitución de un hogar, la felicidad de los esposos es un fin legítimo, pero esta misma felicidad es condición de un ambiente favorable para el hijo.

Alexis Carrel expresa: "Los padres que trastornan la existencia de sus hijos con sus disputas, su intemperancia, sus adul-

terios, su divorcio, cometen una grave trasgresión a la ley de la propagación de la vida".

El padre lleva en sí mismo los destinos de todos los suyos y generalmente, *no da más de lo que posee*.

El ejemplo de los padres es la escuela donde los hijos aprenden a vivir. La ley del ejemplo se cumple inexorablemente en la educación del hijo.

Y por encima de todo lo dicho, el padre cuenta con una fuerza superior y con una realidad distinta existente en él, desde el mismo día que selló su amor para la mayor de las obras: *hacer la vida y hacerla para Dios: cuenta con la gracia*.

El matrimonio es sacramento y como todo sacramento confiere un aumento de gracia santificante y auxilia a los esposos con gracias especiales para el cumplimiento de sus deberes de estado: amor, ayuda mutua, fidelidad, educación de los hijos.

"*Todo lo puedo en Aquel que me conforta*" decía San Pablo, y nosotros, padres, podemos decir: "*Mi paternidad lo puede todo confortada por el Padre celestial de cuya paternidad participa*".

Los padres plantan y riegan sus retoños... pero ni el que riega, ni el que planta, vale todo, sino el que da el incremento y éste es el Padre que está por encima de todo y que garantiza con palabra de Dios su ayuda eficaz en la gracia.

A propósito de la vocación de fe, San Pablo decía a los primeros cristianos: "*Sed dignos de vuestra vocación*", repitiendo sus palabras digo para terminar: "*Seamos dignos de nuestra paternidad*"; únicamente así, seremos dignos de usar el nombre que Dios nos ha prestado: el de *Padre*. ◆